



Año IV. Barcelona 29 de Agosto de 1890.

Núm. 168.

LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

ACTRICES ITALIANAS POR ESCALER.



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º
Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción
Barcelona. 50 plus. trimestre
Provincias. 5 . . . semestre

Números atrasados: 1 real.



ELDA MARROTO

Ayuntamiento de Madrid

La Semana

El asunto de Marruecos, durante los últimos días, había dejado de ser un problema internacional para convertirse en un ridículo *Tío Vivo*.

Los periódicos corriendo tras el Cónsul, el Cónsul corriendo tras el Sultán, el Sultán corriendo tras las kábilas insurrectas y nuestra diplomacia corrida del todo.

Y, siguiendo el simil de la rueda, así como en tal género de persecución el perseguidor, si no aprieta los talones, puede resultar atrapado por el perseguido, nosotros, que queríamos alcanzar al Sultán, en poco estuvo que no saliéramos *alcanzados*, en el sentido económico de la frase.

Del expediente formado por las autoridades marroquíes se desprendía, en efecto, que nuestros soldados habían tenido la culpa de todo; y, por buena compostura, hemos recibido, al fin y al cabo, una nota diplomática del Sheriff, que empezará el escrito invocando á *Alá* y lo terminará enviándonos *Alá...* porra.

La verdad es que pasa de gollería nuestra pretensión de que el Sultán proteja con tropas regulares nuestras posesiones, según lo estipulado en Wad-Ras.

Lo que dirá el hombre (que, como buen mahometano, corre ahora de Ceca en Meca):

—¿Green Vdes. que si mis tropas fueran regulares, ó medio regulares siquiera, habían de darme tamaños disgustos?

Los comisionistas, digo^{***}, los comisionados catalanes que fueron á Italia á depositar una corona en la tumba de D. Amadeo han cumplido su misión y algunos de ellos—como decía un agregado á la comisión—han recorrido la península de *pé á pá*.

Mejor hubiera dicho de *pé...* al *Fó*.

—¿Qué tal?—le preguntaban al volver—¿no ha sentido V. el cambio de clima?

—¡Cá! no señor; sobre todo Milán me ha probado perfectamente.

—Se aclimató V. pronto ¿eh?

—Demasiado; me sentí *amilanado* apenas llegué. Por eso hice rancho aparte y me marché solo á recorrer la península.

—¡Oh! Italia ¡allí está la cuna del Derecho!

—Pues mire V., no la vi; sin duda la habrán quitado, y han hecho bien; porque lo que es *Derecho* ¿para qué necesita la cuna?

La prensa italiana se ha portado tan divinamente, que la comisión se ha encontrado el bombo hasta en la sopa.

Cuando la sopa no era de macarrones, porque en este caso el bombo se convertía en *timbal*.

Como sucede en todos los viajes, alguno de los expedicionarios ha gastado más de lo que pensaba y echa la culpa de todo al desconocimiento del idioma.

—Si nos hubieran enseñado la lengua—dice—podríamos haber tomado el pulso á la expedición y la visita hubiera resultado más corta.

—¡Ya lo creo! Una verdadera visita de médico, según se expresa V.

En Roma le enseñaban á otro los monumentos notables y, después de aguantar toda la mañana un sol de justicia, bajó á las catacumbas y allí pudo descansar algo y limpiarse el sudor.

—Mire V.—le decían—aquí solían reunirse los primeros cristianos.

—¿Aquí?

—Si señor.

—Pues ¡estarían frescos!

También la columna de Trajano llamó su atención, porque recordó haberla visto grabada en un periódico ilustrado.

Como aquel otro sugeto que, ante la misma columna, también recordaba haber oído campanas:

—Hombre, esta columna... yo he oído hablar de esta columna en alguna parte.

—Si señor; en clase de Anatomía ¡pues si esta es la columna vertebral!

Sin duda para que llegue á noticia de los huelguistas, algunos periódicos han dado la nueva de que el ejército catalán va á ser dotado de un nuevo fusil.

¿Qué razón hay para que los soldados de Cataluña sean los primeros en llevar el nuevo armamento? se preguntaban algunos.

Y un conspicuo conservador se encargó la otra tarde de aclararme el problema.

—Es que á la infantería de aquí—me dijo—ya no le viene bien el fusil antiguo.

—Pues qué ¿se trata de alguna prenda de vestir?

—No; pero ya recuerda V. que en las huelgas de Mayo ¡se quedaron tan cortos los fusiles!...

Para evitar sucesos como los que hace poco ha lamentado Jaén, es de desear que las nuevas carabinas, aunque sean del sistema Lebel, resulten del sistema Ambrosio.

En los cuarteles, como es natural, es donde más se comenta la noticia.

—Chico, dicen que van á cambiarnos el fusil.

—A mí ya me han cambiado el mío.

—¿Cuándo?

—Esta noche; me han cogido el que yo tenía, dejándome otro con la llave rota.

Supongo que el Ayuntamiento y la corporación provincial no echarán en saco rato el anuncio de semejante medida, para protestar en tiempo oportuno.

El suceso, efectivamente, no puede ser más grave. Trátase nada menos que de cambiar las armas de Cataluña.

A esta reforma seguirán otras en breve plazo.

Sobre todo en el ramo de Marina vamos á echar la casa por la ventana, con el objeto de que sea un ramo presentable y no un *bouquet* de pecho, como es ahora.

Hasta se dice que vá á crearse un cuerpo de «cavallería de marina.»

Y no hay que tomarlo á broma.

¿Que en dónde montarían los ginetes, preguntan Vdes?

Pues es bien sencillo.

En los caballos de vapor.

LUIS ROYO VILLANOVA.

LO QUE SON LAS DISCUSIONES

¡Qué violenta discusión la discusión en que están empeñados Pedro, Juan, Remigio, Lu ío y Cenón!

Los cinco, todos valientes, fundándose en mil razones, defienden sus opiniones tratándose de indecentes.

Es el motivo de aquel debate largo y complejo el color de un caballo que posee un tal Manuel.

Pedro en su enojo revela que si mucho se le apura, anda á trompadas; él jura que es de color de canela.

Juan, á quien los otros dan por embustero ó chiflado, afirma á grito pelado que el caballo es alazán.

En cambio el bueno de Lucio, que á referencias se atiene, con toda su alma sostiene que es de un color verde sucio.

Pero asegura Remigio, un gallego muy templado,

que el caballo es colorado lo mismo que un gorro frigio.

Va Cenón y —¡Botarate! — dice dándole un revés:— yo he visto el caballo: es de color de chocolate

¿Ceder ellos, tan ufanos de su opinión? ¡Fuera mengua! Dan en irse de la lengua y al fin se van á las manos.

Al colmo el enojo llega; lucha terrible se entabla; ya no se discute y habla, ya sólo se insulta y pega.

Total: uno estrangulado; otro con el cráneo abierto; uno cojo y otro tuerto, y el último estampado.

Al oír estruendo tal, acuden gentes y agentes y los cinco disidentes van desde allí al hospital.

Manuel supo el lío aquel, y no bien lo hubo sabido, por la amistad inducido

al hospital fué Manuel.

Allí vió á los contrincantes sufriendo horribles torturas, entre medicinas, curas, doctores y practicantes.

—Ven acá sin dilación— dijéronle al verle entrar los enfermos,—á aclarar una importante cuestión.

—Vamos, acércate aquí... ¿Tu caballo es verde?

—¡Qué ha de ser verde!..

—¡Triunfé!

¿Será colorado?... ¡Dí!

—¿Cómo colorado? ¡No!

—¿Es «canela»?

—¿Está usted loco?

—¿Es «chocolate»?

—Tampoco

—¡El que ha triunfado soy yo!

Vamos, Manolo, sé franco.

¿Es alazán? —gritó Juan...

—No, señor; no es alazán— respondió Manuel:—¡es blanco!

FERNANDO SEGURA.

BODA DESHECHA

I.

Cae la tarde. La marquesa de Valplata está en su gabinete, medio tumbada sobre una butaca larga y apoyando la cabeza contra un montoncillo de pequeños cogines de raso. Desde la habitación, que pertenece á un piso bajo, se ve un trozo de plaza ajardinada, con céspedes húmedos, paseos estrechos, la arena convertida en barro seco por el tránsito y las escarchas, la casilla del guarda con una hoguera ante la puerta, y varios arbustos escuetos, de cuyas ramas cuelga todavía alguna hoja seca que no han logrado arrebatar los vientos.

La marquesa, fija la vista en la vidriera del balcón, mira pasar indiferente las gentes que cruzan por la plaza. Su figura inmóvil, como inanimada, se dibuja encima de la butaca, destacando los ropajes blancos sobre el raso negro del mueble. Tiene una mano escondida entre los rizos despeinados y negros, caída la otra á lo largo del cuerpo, sosteniendo un abanico japonés con que momentos antes evitaba el resplandor molesto de las llamas de la chimenea, y por su falda, vueltas las páginas contra la tela, va resbalando hacia el suelo una novela francesa que ya ha dejado de leer por faltarle la luz.

La claridad del día mengua poco á poco; los rincones del gabinete son los primeros que se hunden en la sombra. Ya han desaparecido el mueblecito maqueado cubierto de porcelanas y juguetes, el piano abierto, con una tanda de vals sobre el atril

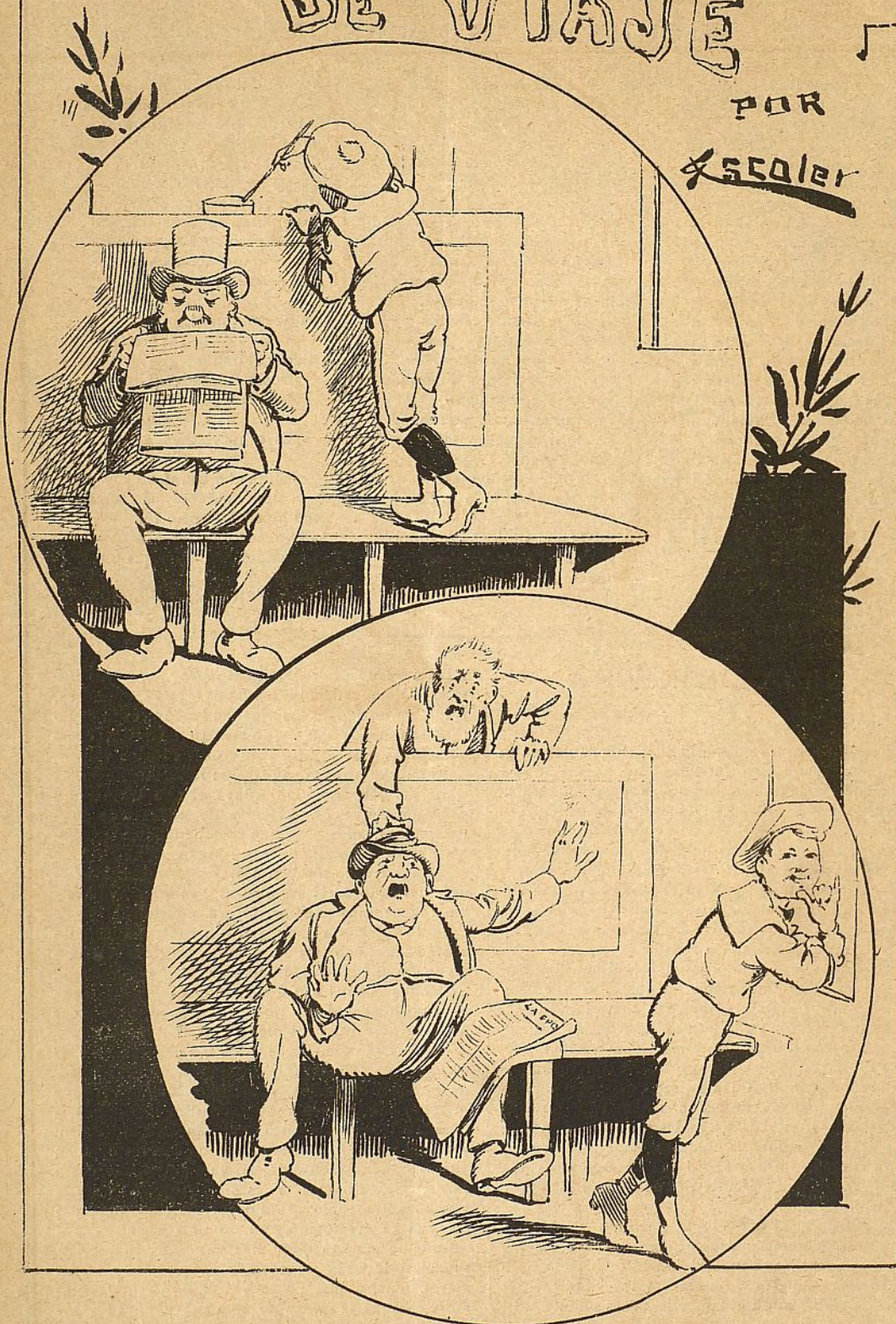
y los cuadros que cuelgan del muro y en cuyos cristales brillan reflejadas las llamas de la chimenea. La dama no separa los ojos del balcón; cada minuto pasan menos gentes, todas van de prisa, como empujadas por el frío, y al cruzar ante los vidrios, sus sombras parecen deslizarse rápidamente por el techo del gabinete. De pronto, el aire transparente y diáfano empieza á jarsearse de millones de puntos blancos, movibles, que caen calladamente, deshaciéndose al tocar en tierra.

De allí á poco nieva con más intensidad: los copos, hallando secas las piedras y la arena, van sosteniéndose unos á otros, toman consistencia, y al cabo de un rato la plaza queda blanca, los árboles comienzan á cubrirse de encajes, las líneas salientes de los edificios se dibujan con la nieve detenida, los ruidos lejanos van debilitándose insensiblemente, y las huellas de los transeúntes quedan borradas apenas se levantan los pies del suelo.

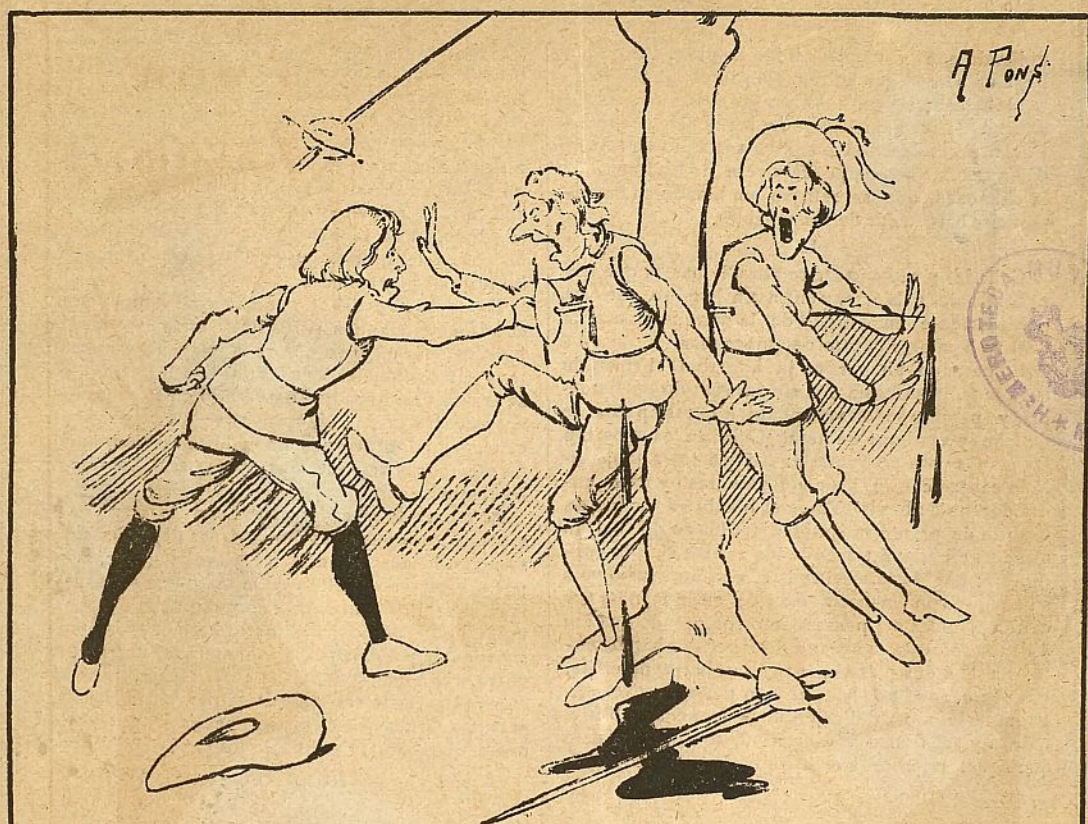
Una pobre mendiga se para de repente ante el balcón, ve á la marquesa iluminada por los resplandores de la chimenea, y, alzando los ojos, tiende la mano hacia la señora, que continua inmóvil. Las miradas de ambas mujeres se cruzan, se comprenden, y ambas insisten; la mendiga sigue con los ojos en alto y la mano extendida; la dama continua como clavada en la butaca. Y, sin embargo, ha visto la figura y el ademán de la pordiosera; ha reparado en su falda harapienta, en sus brazos mal cubiertos por un mantón raído hasta transparentarse, en su cuello desnudo, amoratado por el frío, y en sus pies descalzos, que parecen irse hundiéndose en la nieve, porque la infeliz no se aparta de allí y sigue

DE VIAJE

POR

~~ESCOLER~~

«... porque ocurren á veces ciertos errores
que hacen que paguen justos por pecadores.



Los duelos de ayer. — A primera sangre



Los duelos de hoy. — A muerte

pidiendo con la tenacidad del hambre. De pronto llega un sereno que enciende un farol situado frente al balcón; el gabinete recoge avaro un poco de aquella claridad amarillenta, y las dos mujeres continúan mirándose: la mendiga tiritando de frío, la dama casi molestada por la viveza de las llamas de la chimenea, que se reflejan temblando en las superficies barnizadas de los muebles.

II.

Callada y cautamente se abre la puerta que hay al fondo del gabinete, y entra un hombre, que está perdidamente enamorado de la marquesa, con la cual va á casarse dentro de quince días.

Procurando ahogar en la alfombra el ruido de sus pasos, llega hasta ella sin ser sentido por la dama, y parándose un momento á contemplarla, se detiene y vacila. ¿Qué hará? ¿Cubrirla los ojos con las manos para preguntarla: «¿quién soy?» ¿Sujetarla la cabeza contra los cojines de raso y darla media docena de besos? Ya va el hombre á inclinarse, cuando de pronto la claridad del husco del balcón atrae su mirada; á través de los vidrios ve á la por-diosera; por la imagen reflejada en un espejo ve á su amante con la vista clavada en la mendiga, y con la rapidez del pensamiento comprende que allí á dos pasos, está la miseria desfallecida, hambrienta, y allí, á dos palmos, la riqueza, harta, perezosa, indolente, que no hace el bien por no moverse... Levantarse, sacar del cajón unas monedas, abrir el balcón y echarlas á la calle: no hace falta más para que aquel hombre sienta su corazón henchido de

alegría, pero aquella mujer por quien él está ciego, aquella dama, á quien va á entregar su porvenir, su albedrío, no se levanta ni hunde siquiera la mano en los bolsillos en busca de una moneda olvidada. Pasan unos instantes: el hombre devora con los ojos á su amada, expiándola con ansiedad horrible. Daría la mitad de su vida por verla levantarse; pero ella no se mueve, y en su rostro, disgustado por la terquedad de la mendiga, comienzan á dibujarse los gestos del hastío, que por fin se resuelven en un bostezo largo y callado...

Entonces el caballero, con mayor cautela que al entrar, anda algunos pasos hacia atrás, sin separar los ojos del espejo en que vé la imagen de su amante, y con las pupilas veladas por dos lágrimas, quizá las más amargas que ha vertido en su vida, desaparece tras la puerta, cruza el vestíbulo y sale á la calle, dejándose en aquella maldita casa un mundo de esperanzas desvanecidas y una realidad que le horroriza.

Al cruzar la plaza, tropieza con la mendiga, y sacando unas monedas de plata, las deja caer sobre su mano helada y sucia; luego, volviéndose, mira por última vez al balcón de la marquesa y traspone la esquina, llevando para siempre grabado en el alma, no el recuerdo de un rostro hermoso y adorado, sino la imagen de aquella fisonomía indiferente, esquiva y fría que se reflejaba en el espejo, mientras la mendiga, con los pies descalzos entre la nieve, extendía la mano, sobre cuya palma falta de calor casi se paraban sin derretirse los copos que caían...

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

LAS SOLTERAS

—¿Das tu permiso?
—Adelante.
¡Oh, Mercedes! ¡Qué sorpresa!
¿Cuándo has venido?
—Ayer noche.
—¡Sin escribir ni una letra, ingrata!
—Pero, en cambio, queridísima Enriqueta, eres tu de mis visitas, como siempre, la primera.
—¡Qué rica!.. pero sentémonos, si quieres. ¿Qué tal me encuen-
[tras?
¿Más delgada, no es verdad?
¿Paliducha, casi fea?..
¡Los amores!
—¿Los amores?
No, señora: la modestia.
—Tu si que estás guapetona, más encarnada, más gruesa que cuando te fuiste.
—Chica,
los placeres de la aldea,
el buen vino; los jamones;
los paseos; las meriendas
en el campo; bailecitos,

y algun amago de *juerga*.
—¿*Juerga* dices?
—En los pueblos es la gente muy flamenca; todos tocan la guitarra; todos cantan malagueñas, y hasta le dicen á una: ¡viva tu madre, morena!
—De modo...
—Que lo he pasado bastante bien, Enriqueta; casi, casi divertida.
—Y de amores ¿qué me cuentas?
—*Comme-ci, comme ça*: poca cosa; unas diez noches de reja solamente.
—¿Algun palurdo?
—Si, palurdo; no lo creas. Un muchacho distinguido; ¡eran de raso las vueltas de su americana!
—Chica,
¡cuanta elegancia!
—Y poeta;
ha estrenado dos sainetes y tres ó cuatro comedias. Buenos ojos; bigotito

tan suave ó más que la seda...
—A ti... ¿te consta?
—Una noche había un baile allí cerca y metían tanto ruido guitarras y castañuelas, que tuvimos que pegarnos, para oírnos, á la reja.
—¿Y entonces?...
—Si, me enteré de la suavidad aquella.
—¡Picarilla!
—Te aseguro, con mi habitual franqueza, que me enfadé.
—Y le llamaste atrevido y sin vergüenza...
—¡Pues está claro!
—Y á poco como si tal cosa hubiera sucedido...
—Nada, chica; que estás fuerte en esta ciencia.
—Igual que tu.
—Y como todas las muchachas de la época. En resumen, somos novios;

¡unas relaciones serias!
—¿Y sigue en el pueblo?

—¡Ca!

hace ya la friolera
de tres semanas que vino.
Y ahora á ti te toca. Empieza.
—Bien poca cosa. Refí
con Antonio; era un babieca.
Pero, en cambio, hace unos días
que la calle me pasca

por mañana, tarde y noche,
un muchacho... ¿qué hora llevas?

—Las doce,

—No ha de tardar.
¿No te dije? Ya se acerca.
Le puedes ver á tu gusto
por aquí, desde la reja.
Es guapo ¿verdad? ¿buen mozo?..
¿De qué te ríes, tontuela?
—Hija mía, ¡el del bigote!

¡el mismísimo! ¡el poeta!!

—¿Es de verdad, Merceditas?

—¡Ojalá que no lo fuera!

Pero me voy, que es muy tarde.

—Bien venida.

—Sigue buena.

—(¡Pues te lo quito, Mercedes!)

—(¡No lo cazas, Enriqueta!)

ANTONIO MOLTALBÁN.

VIAJE (I)

Primero ví... ¿qué es lo que ví primero?... ¡Ah!
ya recuerdo. Vi un dilatado y hermoso valle cubierto de musgo, cruzado por arroyuelos, sembrado, á trechos, de florecillas multicolores, de árboles liliputienses que, al pasar yo, se inclinaban saludándome con la agilidad y la travesura propia de los pocos años. La brisa, chocando con las plantas, y la corriente del arroyo, chocando con los obstáculos que á su paso se oponían, producían sonidos maravillosos, que después no he vuelto á oír en sitio alguno.

Luz resplandeciente, colores brillantes, perfumes delicados, armonías sublimes... todo lo que halaga y seduce al espíritu estaba allí. El valle era grande, muy grande, pero yo lo atravesaba con tal rapidez que no tenía tiempo para fijarme en todas sus innumerables bellezas. En varias ocasiones intenté detenerme, mas, no bien lo intentaba, cuando oía una voz enérgica que me decía: ¡Adelante! Yo no era dueño de mi voluntad; obedecía al mandato de aquella voz y caminaba, caminaba, sin sentir en mis músculos el menor cansancio.

¿Cuánto duró mi marcha á través del valle?... Me han dicho que duró algunos años. Yo creo que duró algunos minutos. ¿Cómo se mide el tiempo? ¿Por la cronología ó por las sensaciones? En lo infinito ¿qué es un siglo? ¿qué es un segundo?

Lo cierto es que, cuando perdí de vista el hermoso valle, me encontré en otro valle más hermoso aún. Todo en él era gigantesco. Flores de gran tamaño y colores chillones, alfombraban la tierra, sombrías enramadas brindaban al reposo, árboles altísimos, cubiertos de hojas y frutas, despertaban la admiración... y el apetito; ríos de ondas cristalinas cruzaban en todas direcciones...

Luz deslumbradora, colores incopiables, aromas embriagadores, sonidos mágicos que producían el

vértigo de la felicidad... todo lo que halaga y seduce á los sentidos, estaba allí. Quise detenerme muchas veces, pero la misma voz enérgica, imperiosa, que antes había resonado en mis oídos, repitió: ¡Adelante! Y yo continué mi marcha.

La pradera tenía gran extensión; pero pronto llegué á su término.

¿Qué ví después? Lo que veo ahora. Una montaña elevadísima con senderos estrechos, cerrados á ambos lados por espesos matorrales. Son muy raras las flores que encuentro en mi camino. En vez de arroyuelos ó ríos, hallo magestuosos torrentes, cuyas aguas, al rebotar de peña en peña, producen un ruido sordo, monótono, inaguantable. El huracán, al pasar por entre el ramaje, deja oír su voz fuerte, atronadora. La luz que me alumbraba es brillantísima, pero se ve á intervalos oscurecida por densos nubarrones. Como la senda por donde camino es tan empinada, el cansancio se apodera de mi cuerpo ¡y aun de mi espíritu! Mis piernas flaquean y se niegan á sostenerme. Pero la voz de siempre repite ¡Adelante!.. Al oír esta voz, cobro nuevos bríos y sigo mi marcha.

Me han dicho que el primer valle se llama *Infancia*, y el segundo *Adolescencia*; que la montaña que ahora subo se llama *Juventud*; que detrás de ella hay otra mucho más elevada, mucho más escabrosa, sin flores, sin perfumes, alumbrada por los tristes effluvis de un sol amarillento; y que, al llegar á su cúspide—¡muchos no llegan!—hay que descender rápidamente por el lado opuesto al de la subida, encontrándose al fin del descenso un inmenso arenal sin agua, sin muestras de vegetación, sin sonidos de ninguna especie...

TOMÁS CAMACHO.

A FULANITO DE TAL

(ATENEISTA, PENSADOR, FILÓSOFO, ERUDITO A LA VIOLETA ETC., ETC.)

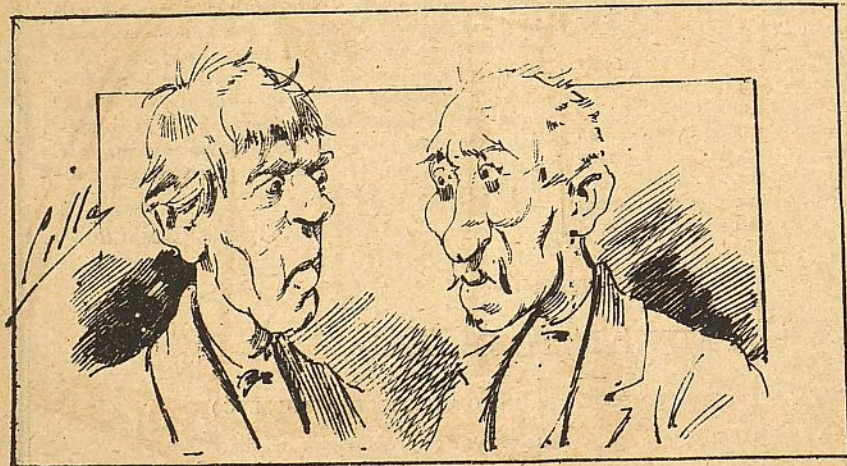
Tienes razón ¡oh, joven de los lentes!
que en frases elocuentes
(con algo de elocuencia trasnochada)

te pasas siempre lo mejor del día
diciendo en alta voz que está llamada
á desaparecer la poesía.

(1) Del tomo *Mescalanza*, que acaba de publicarse.

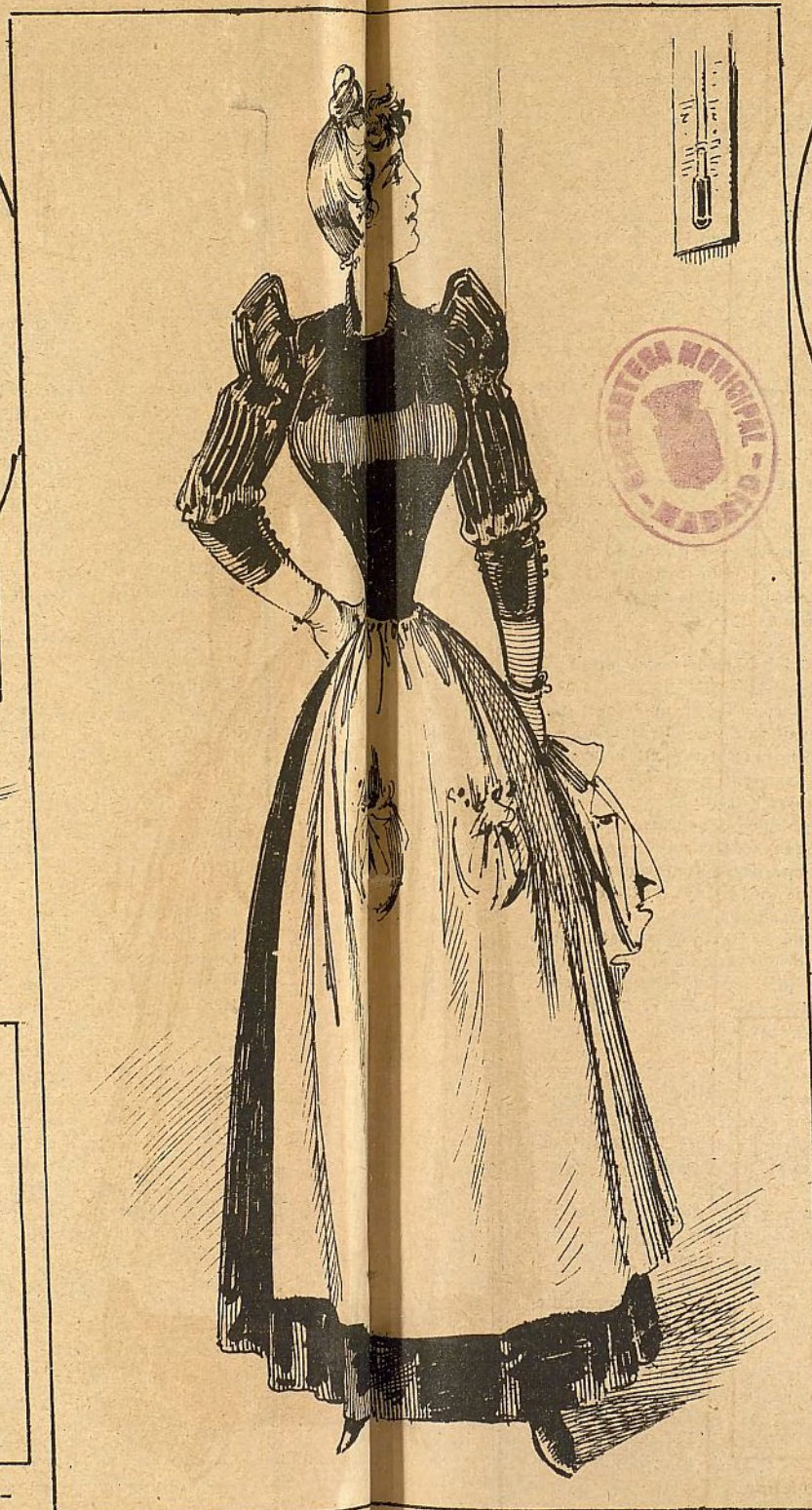


—¿Se viene V. á echar una partida al billar, D. Telesforo?
 —Bueno; pero ha de darme Vd. treinta palos.
 —¡Oh! ahora me es imposible. Me he dejado el bastón en casa...



—Desengáñate, hijo: como aquellos tiempos, no hebrá otros... Porque el año 8 tuvimos una invasión y ya ves tu'la que se armó. Y ahora... no tienes más que leer los periódicos: Tortosa, 6 invasiones; Argés, 15 invasiones... De lo cual deduzco que hemos degenerado mucho los españoles.

LA SEMANA CÓMICA
 DIÁLOGOS, POR CILLA.



—¡Y dale con que el termómetro sube! Pues yo lo cuelgo cada noche ahí... y ahí mismo amanece.



EN EL PALCO

—¿Ha visto Vd. que actriz más falsa, Arturito?
 No tiene nada natural.
 —Si, señora: tiene un hijo.



—Y ¿qué te hace, qué te hace entonces el señorito?
 —Pues primero me llama *resalada*, y luego me pellizca y aluego me da un beso y aluego me arrempuja al cuarto y... Ya ves: ponte tu en mi lugar
 —No, hija; gracias. Prefiero ponerme en el lugar del señorito.

Juro que tu elocuencia no me abruma:
tu tesis no se prueba en son de mofa
ni en un discurso insustancial, metódico...
¿Lo quieres demostrar? ¡Haga tu pluma
de la idea cincel, y de la estrofa
estatua, en las columnas del periódico!
¡Que es bufo discutir á campo raso,
charlando de los medios y los fines,
y á los poetas obstruir el paso!
¡querer versificar, pongo por caso,
y que salgan los versos adoquines!
¿Qué valen los problemas de la ciencia,

para cualquiera que lo piense en calma,
donde fijan su ley y su experiencia
los problemas recónditos del alma?...
¡Oh, joven de los lentes! Dios no quiso
que yo supiera lo que tú; perdona
si no me deja tu oración sumiso
y en mis sueños fabrico un paraíso
que tu sabiduría desmorona...
¡Perdón, ilustre pensador profundo!..
¡Ya sé yo que Colón, sin tu permiso,
no hubiera descubierto el Nuevo Mundo!..

RICARDO J. CATARINEU.

UN REGALO DE BODA

(Conclusión)

Pero ahora caigo en la cuenta de que estoy divagando, y ya mas de una lectora habrá dicho para su colete:—Esto es un rompecabezas: ¿dónde está el regalo de boda?

Tiene usted razón; conocido el personaje, ya podemos ir al caso.

Pues como íbamos diciendo, si es que decíamos algo, sucedió que mi amigo tenía un protector, un hombre al parecer grave y sesudo, á quien, sin duda por la ley de los contrastes, caía en gracia nuestro Sátiro, siempre y cuando, por supuesto, no cayeran sobre él las malignidades del zumbón. Dicho protector, persona algo influyente en las esferas oficiales, había conseguido colocar á Sátiro de temporero en cierto ministerio, con el haber de cuatro mil pesetas anuales; y no solo esto, sino que por lo visto, llevaba trazas de conseguir tambien eternizar lo temporal, según se sucedían en el ramo los ministros, sin detrimento ni cesantía de su protegido.

En tal estado las cosas, ocurrió, pues, que una tarde entré en la oficina de Sátiro, encontrándole absorto y meditabundo, con un periódico en la mano. Era la primera vez que le veía serio, y naturalmente, me alarmé.

—¿Qué te pasa, hombre?

—Toma y lee.

Tomé el periódico y leí: «No terminaremos esta revista de salones, sin dar una noticia interesante á los lectores. Según se aseguraba anoche en el hotel de los marqueses del Romeral, se halla concertada la boda entre una de nuestras más elegantes y distinguidas señoritas y un influyente personaje, cuya sensatez y magnanimidad de sentimientos son de todos conocidas. En la próxima daremos más pormenores.»

—¿Y bien, Sátiro?...

—¡No lo adivinas! Ese *influyente personaje* es don Anacleto, mi protector.

—Enviado hace tres años, no tiene hijos, vuelve á casarse, ¿qué hay en ello que te asombre? Eso se ve todos los días.

—Es que estoy en el deber de regalarle algo, y francamente, dado mi carácter...

—¡Ah! cuidadito con eso. Se trata de tu protector; no vayas á sacar la pata.

—Todo lo contrario: yo quisiera prestarle algún servicio... En fin, ello dirá.

Dejé á Sátiro enfrascado en sus cavilaciones y salí del ministerio.

A la mañana siguiente, le encontré y me dijo:

—¡Eureka! Ya está resuelta la dificultad.

—Me alegro: ¿qué regalas á tu protector?

—Un objeto precioso; le salvo la vida.

—Pero, chico, ¿cómo es eso?

—Ya verás.

Y me dejó con la palabra en la boca, doblando la esquina inmediata.

Yendo y viniendo días, se fué aproximando el de la boda. Los revisteros de salón se despachaban á su gusto, excitando con noticias estupendas, la envidia de mil anémicas damiselas en estado de merecer. La casa de la novia estaba hecha un museo artístico, según el hormigueo de curiosos que á todas horas entraban y salían de visitar la gran exposición de regalos, profusamente amontonados en la sala, y eran de ver y de oír las tijeretadas con que se cebaba en ellos la susodicha envidia.

Por lo que toca al novio, tampoco se daba punto de reposo. Sin salir de la casa que con su futura disponíase á habitar, tambien él recibía regalos, daba órdenes y contraórdenes, iba y venía, lo arreglaba y apercibía todo, cayéndosele la baba de puro gusto y puro amor.

Al fin llegó el ansiado día. A eso de las diez de la mañana, estábamos todos en casa de D. Anacleto, dispuestos á acompañarle hasta el altar. Reinaba en la estancia un silencio sepulcral, ese silencio que precede á las grandes tempestades y á las solemnes ceremonias.

—Ya está el reo en capilla,—dijo de pronto Sátiro;—á la capilla suele seguir la ejecución; pero yo he dispuesto salvar á mi segundo padre, y le salvaré, pese á quien pese.

Estas palabras nos impresionaron desagradablemente. Entonces, para atenuar su mal efecto, dije al sin vergüenza:

—A propósito, amigo Sátiro; tus ofrecimientos se han desvanecido como el humo. Va á sonar la hora anhelada y aun no has regalado un alfiler al novio.

—Para regalar nunca es tarde,—respondió sentenciosamente el interpelado.

Apenas había concluido de hablar, cuando se abrió la puerta, y dos lacayos de gran librea, sin proferir palabra, depositaron sobre la mesa un envoltorio, desapareciendo *in continenti*, tras sendas y profundas reverencias. Todos nos miramos extrañados.

—¿Qué es eso?—preguntó D. Anacleto.

—Lo que hace poco me pedían: mi regalo,—respondió Sátiro.

En efecto, su tarjeta, blanca y lisa, campeaba sobre el envoltorio. Movidos por un impulso de unánime curiosidad, todos nos agrupamos en torno de la mesa. En un abrir y cerrar de ojos quedó desecho el envoltorio, apareciendo á nuestra maravillada vista una magnífica vajilla, al parecer de porcelana de Sévres, con preciosas miniaturas, entre las cuales se veían los retratos de los novios. A ninguno de nosotros nos fué dado contener un grito y un aplauso.

—¡Admirable, Sátiro! Tu regalo es el mejor de todos.

D. Anacleto se conmovió profundamente; hizo un puchero, cual si quisiera añadir un cacharro á la vajilla, y, en un arranque de sublime gratitud, cogiendo y alzando con ambas manos la sopera gigantesca, donde hábilmente miniados compeaban los retratos, comenzó este discurso:

—Señores: el presente que acabo de recibir... quedará... grabado eternamente...

De pronto cerráronse sus labios, abriéronse desmesuradamente sus ojos, un color se le fué y otro se le vino, y dejó escapar de sus manos la sopera, que, lejos de romperse, cayó sin estrépito y botó sobre la alfombra, como una pelota. Nos lanzamos á examinarla, y al ver su escaso peso y un asa descascarada con el golpe:

—¡Calle! ¡Si es de corcho cubierto de una capa de goma arábica!—dijo un convidado.

—¡Y lo mismo le pasa á toda la vajilla!—añadió otro.

Sátiro, que hasta entonces no dijera esta boca es mía, profirió:

—Como el matrimonio es un combate, y se han de tirar los platos á la cabeza antes de un año...

—No quiere usted que se descalabren.

—Eso es.

No fuimos dueños de contener una carcajada general; pero siguió á esta un silencio angustioso. D. Anacleto continuaba en la misma actitud antes descrita, y todos nosotros, en pié, inmóviles, petrificados, abiertos ojos y bocas, temíamos de un momento á otro ver estallar su ira.

Ignoro hasta cuando hubiera durado aquel cuadro al vivo, digno de una retribuida exhibición, á no avisarnos que era hora de marchar al templo. Partimos, pues, acomodados en los coches, observando el orden prescrito por el Código Fabra en tales casos.

Una hora después todo estaba concluido: había un cadáver, digo, un matrimonio más en el mundo.

Y la experiencia vino á demostrar que Sátiro no andaba tan descaminado. Una mañana, durante el almuerzo, D. Anacleto y su mujer se tiraron los platos; y como no usasen la vajilla de corcho, sino una de sólida porcelana, ella salió de la refriega desnarigada, y él con un ojo menos.

—Consuélate —le dijeron los amigos;—no eres tú el primer marido á quien cuesta el matrimonio un ojo de la cara.

JUÁN TOMÁS SALVANY.

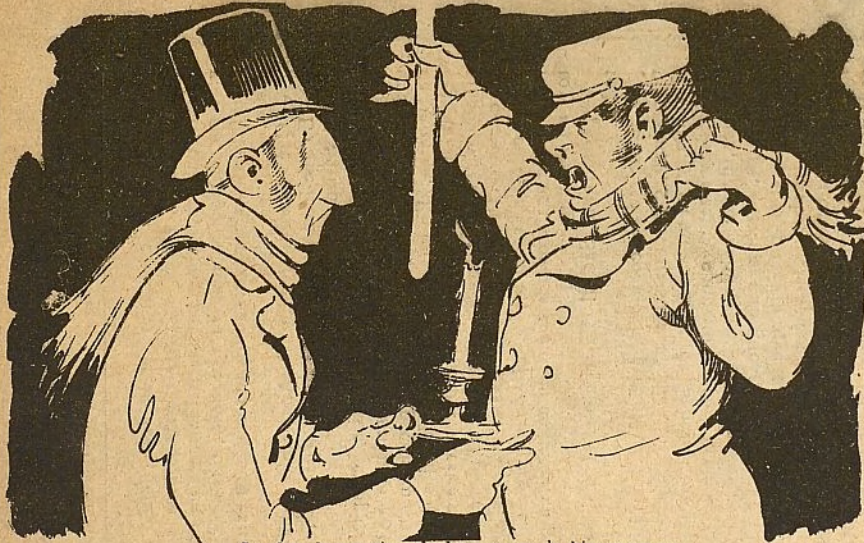
AMORIOS

A Luis ama Jacinta con locura;
pues aunque siempre le repite el cura
que el amar demasiado
es el extracto Liébig del pecado,
ella nunca lo cree, porque adivina
que no hay crimen de amor que no perdone
la justicia divina.
En vano el señor cura, que no ama,
á la conciencia de Jacinta llama;
pues tan grande y tan santa es la inocencia
de esta mujer, tan pura como hermosa,
que cree que el corazón y la conciencia
son una misma cosa,
y que aquellas mujeres que no quieren
son aves que jamás alzan el vuelo
y van á los infiernos cuando mueren.
Y por eso la niña candoresca,
que á las que no aman cree mujeres malas,
no entiende al señor cura
cuando, en nombre del cielo,
quiere cortarle á su ilusión las alas.

Y ama, por egoismo, con locura,
porque ella, que de veras se figura
que es esto del amar y ser amado
el más santo deber de los deberes,
no entiende á esas mujeres
que no ven que la dicha va á su lado
y pudiendo adorar y ser felices
tienen el corazón desocupado.
Y así vive feliz y enamorada
de quien no la ama nada,
sin sospechar siquiera que hay veneno,
porque no hay sér feliz que no sea bueno,
tomando por amor unos antojos
de aquel Luis que tutea al Dios Cupido
y le pone una venda ante los ojos
siempre que, hastiado de ella, deja el nido.

Y cuando el loco á quien adora loca,
en el amor, tan grande, de ella preso,
le pide de rodillas algún beso,
ella, á quien ha dicho él que únicamente
para los besos Dios hizo la boca,

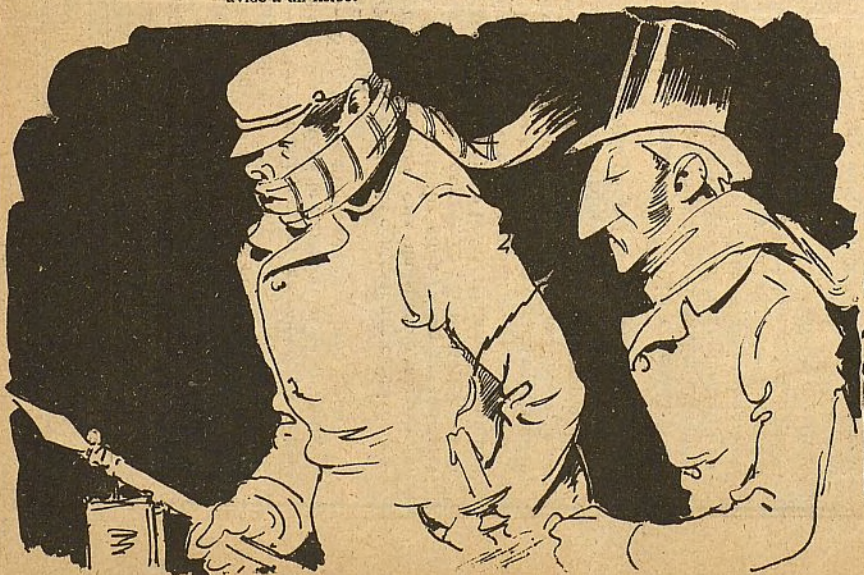
EL PRIMER RETOÑO, POR MECAGHIS.
(Continuación) (1)



La vista de una pieza de dos pesetas le hizo comprender la gravedad del caso, y adivinando de qué se trataba, se despezó tranquilamente y dijo:—¿Usted querrá que avise á un físico?



Y á una señal afirmativa se puso en marcha seguido del futuro padre.



que á todo esto continuaba con la palmatoria en la mano.



Hasta que, á una señal del sereno, bajó el físico, quien, encarándose con nuestro protagonista, le dijo de buenas á primeras:—¡Vaya unas horas! Bien podía tener su señora consideración y haber esperado hasta mañana.
(Se continuará.)

(1) Véase el número 152

LAS CANAS EN EL EJÉRCITO

6

lo que puede la disciplina, POR LAGO.



—Y tenga Vd. presente que como otra vez no haga Vd. el saludo en regla, me lo como á Vd. vivo.
¡mequetrefe! ¡bobo! ¡imbecil!

por ver si es ó no cierto
pide inocentemente
su consejo á los pájaros del huerto.

Y allí está siempre al despertar la aurora
y cuando el sol entre celages muere,
charlando con las aves á que adora
porque dicen que el beso no es pecado
y siempre le contestan lo que quiere.

Y tanto les consulta sus amores,
que traduce mejor ese lenguaje
con que cantan amor los riuseñores
que muchos inquilinos del ramage.

Es inmensa la pena

que produce el saber que hay quien olvida
á una muger tan buena
que no espera jamás mirarse herida
de los ojos aquellos,
por que son muy azules y muy bellos,
y que dice riendo al señor cura,
cuando este le pregunta por qué llora,
que adora á aquel infiel porque le adora,
sin ver que en cuanto acabe su locura
y la duda comience su trabajo,
irá á su desventura
lo mismo que va el ánsia cuesta abajo!

J. ALMODÓBAR.

¡QUIEN LO CREYERA!

I.

Juan amaba á Encarnación,
la vecina del primero,
con un afecto sincero,
con todo su corazón.

Lo merecía en verdad,
pues era, por lo graciosa,
la muchacha más hermosa
de toda la vecindad.

Era su frente de cielo,
su boca risueña y pura,
sus ojos cual noche oscura,
cual azabache su pelo...

Como alguno se opusiera
á que Juan entrase en casa,
pasó lo que siempre pasa:
se hablaron por la escalera.
¡y qué amor el de ella y él!
¡y qué locos devaneos!
A su lado eran pigmeos
los amantes de Teruel.

Una noche, en que al exceso
llegaban de su pasión,
Juan le pidió á Encarnación,
en prueba de amor, un beso.
Mas ella, que á su hermosura,
como más bello tesoro,
reunía un alma de oro
y una conciencia muy pura,
pensó que su madre Clara
con frecuencia le decía:

«Si dejas besarte un día,
lo conoceré en tu cara»
Y, aun que amaba con afán,
pensó en esto y, medio loca,
apartó de sí la boca
que le tendía su Juan.
Despaes... no sé que pasó;
no dudo que él insistiera,
porque en la obscura escalera
un beso á duo se oyó.

II.

¡Qué noche, Dios poderoso,
pasó la bella en su lecho,
sin que pudiese su pecho
encontrar dulce reposol
Quiso dormir, pero en vano;
cuanto hizo, fué inútilmente...
A la mañana siguiente
se levantó más temprano,
y recordando el consejo
de su madre, Encarnación,
su primera prevención
fué mirarse en el espejo.
Y ¡vaya una cosa rara!
Bien fuese casualidad,
era lo cierto en verdad
que en el sitio de la cara
en donde Juan la besó,
se veía un rojo puntito:
era un grano pequeñito...
Encarnación suspiró,
y en llanto deshecha ya,

cayóse sobre un sillón,
murmurando: «¡Y qué razón
que tenía mi mamá!»

Para que el beso de Juan
quedase bien calladito,
colocó sobre el granito
un trozo de tafetan.

III.

Llegó la noche y su amante,
lo mismo que la anterior,
con dulces frases de amor,
ciego, loco y delirante,
quiso estrecharla en sus brazos
para besarla otra vez;
mas ella con altivez
fué rechazando sus lazos...

Ella ¡con cuanta tesón
en no dejarse besar!
y él ¡cuan loco en alcanzar
un beso de Encarnación!
Aquella noche cualquiera
que no la besó apostara,
si el portero no jurara
que vió oculto en la escalera
al enamorado Juan,
cuando de allí se alejaba,
que en el bigote llevaba
un trozo de tafetan.

EDMUNDO DE C. BONET.

CHIRIGOTAS.

**Unico encargado de la venta de
LA SEMANA COMICA en Barce-
lona: D Juan Tasso, kiosco de la
Rambla de las Flores, frente á la
calle del Hospital.**

En atento B. L. M. nos dice el señor Administra-
dor de Correos que, enterado del sueldo que le dedi-
cábamos en nuestro número pasado, hará cuanto en
su mano esté para corregir las faltas que denunciá-
bamos.

No esperábamos menos del celo y reconocida
amabilidad del Sr. Fernandez Duro, á quien damos
las más expresivas gracias por su atención.



La Dinastía habla de la manifestación celebrada en Madrid en honor de Peral y contra el dictamen de la comisión técnica.

Y dice que semejantes alharacas nos avergüenzan «ante las naciones extranjeras.»

Bueno; sí nos avergonzarán.

Pero... ¿no podría Vd. decir *las demás naciones, ó las naciones, á secas?*

Porque eso de las *naciones extranjeras* me ha hecho siempre muchísima gracia.

¿No parece sino que con ello se quiere dar á entender que hay por ahí *naciones españolas!*

De la misma *Dinastía*.

«En París 30.000 familias próximamente habitan en un solo cuarto.»

¡Aprieta, manco!

¡Treinta mil familias en *un solo cuarto!*

Es así que París tendrá, pico más pico menos, un millón de habitantes...

Luego ya sabemos cuantas casas podía tener la capital de Francia.

¡Unas treinta!

Hace bastantes semanas anunciamos la publicación de una serie de folletos que, conteniendo novelas, poemas, etc. de los mejores escritores españoles, pensábamos editar.

Ustedes creerán, en vista del tiempo transcurrido, que hemos abandonado la idea.

No hay tal abandono, ni tales carneros.

Lo que pasó es que se nos echó encima el verano, que Nuñez de Arce, Campoamor, Picón y demás autores con quienes habíamos de entrar en tratos se ausentaron de Madrid, yéndose á veranear por esas provincias de Dios, y ¡cualquiera les sigue por ellas los pasos y les obliga á tratar ahora de asuntos editoriales!

De todos modos, conste que la serie de novelitas del insigne escritor catalán D. Narciso Oller, que ha de formar el primero de los folletos, está ya en prensa; que se publicará durante el próximo Septiembre y que oportunamente diremos en que orden se publicarán los restantes folletos y anunciaremos los nombres de sus autores y los títulos de las obras que hayan de formar esta que podríamos llamar (y vean Vdes. como viene en verso)

Biblioteca económica
de LA SEMANA CÓMICA.

El Director de *El Noticiero Universal*, D. Francisco Peris Mencheta, ha tenido la desgracia de perder para siempre á una hija suya, niña de corta edad.

Reciba el simpático y popular periodista la expresión de nuestro sentido pésame por la desgracia que le aflige.

Plato haciéndole el primero,
Carolina muy galante

advirtió á D. Antero:

—Cuando usted tenga bastante que me diga *basta* espero.

Y ansiando hartar su canina, él, que es un tragón de casta, contestóle á Carolina:

—Yo nunca le digo *basta* á una señora tan fina.

C. LLOMBART.

Dentro de pocos días empezará á actuar en el Principal la compañía italiana á cuyo frente figura la excelente y celebradísima actriz Eleonora Duse. Mi felicitación á Valero (D. Ricardo) que, ó mucho me engaño, ó va á hacer un negocio redondo. ¡Barceloneses, al Principal!

El viernes se casó un ciego, según dice muy formal un periódico local; y el colega añade luego, que de los dos desposados cierto ciego fué padrino, el cual llevó —¡esto es divino!— á dos ciegos convidados.

Y empieza á decir la gente que se han llegado á casar porque él es chico ejemplar y la amaba *ciegamente*.

Cifra su dicha en aquella á quien la Iglesia le ha unido, y desde que es su marido no dá ni un paso sin ella.

Bien que hay quien cree que al correr del tiempo y sus desencantos, le pasará... lo que á tantos: y es que *no la podrá ver*.

J. RODAO.

—¡Mozo!.. Una botella de vino de Jerez...

—¡Voy, señorito! Por cierto que lo beberá usted delicioso, porque no hace dos días que nos llegó una remesa del extranjero.

Entre un pordiosero y un escéptico:

—Caballero, una limosna para comprar un pedazo de pan...

—Tome usted, hermano, para comprar un pedazo de pan... y *bébaselo* usted á mi salud.

Imp. Arco del Teatro, 9, Pasaje, Barcelona.



De la Sociedad de seguros contra el naufragio.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID
D. JULIAN RODRIGUEZ
Kiosco de la Universidad. - Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA
D. JULIAN PERIS MENCHETA
Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL
DE
— LA SEMANA CÓMICA —
EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO

D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Santo Domingo, número 12.
MÉXICO

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN GUATEMALA
D. Antonio Partegás
Octava Avenida Sur. — Almacén
GUATEMALA

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA
D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, núm. 4.
CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE LA
SEMANA CÓMICA

EN PARÍS
Madame Schneider
Kiosco 50. — BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN PARÍS
MADAME LEMAITRE
Kiosco 34. — Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA
Señora Viuda de Pozo é Hijo
Galería Literaria

Calle del Obispo 55. — Librería
HABANA

LA SEMANA CÓMICA
PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.
Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre. 1'50 ptas
Fuera.	2'50

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3. 1.º — Barcelona

Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde